

15-1-53

18

20

26-7

16 +

28-7



GRAN TEATRO DEL LICEO

BARCELONA

EMPRESA:

JOSE F. ARQUER

JUEVES, 15 ENERO DE 1953

FIDELIO

Opera en cuatro actos, libreto de Sonnleitner y Treischke,
música de Ludwig van Beethoven.

Esta ópera se estrenó en Viena el 20 de noviembre de 1805,
y en el Liceo el 11 de enero de 1921; habiendo sido su 7ª y última
representación, antes de las de la presente temporada, la del 7
de febrero de 1951.

REPARTO

<i>Don Fernando, Ministro</i>	Alexander Welitsch
<i>Don Pizarro, Gobernador de la Prisión</i>	Lothar Weber
<i>Florestán, prisionero</i>	Max Lorenz
<i>Leonora, su esposa, con el nombre de "Fidelio"</i>	Inge Borkh
<i>Rocco, carcelero</i>	Heinrich PFLANZL
<i>Marzelline, su hija</i>	Ruthilde Boesch
<i>Jaquino, guardián</i>	Erich Majkut

Prisioneros, guardias, soldados, pueblo

Coro general

Maestro Director:

GEORGE SEBASTIAN

Regidor de escena:

MAX LORENZ

Maestro de Coro:

JOSÉ ANGLADA

Como preludio del 4.º acto, será interpretada la célebre
obertura «Leonora n.º 3».

42549-16

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona

ARGUMENTO

Lugar de la acción: Cerca de Sevilla.

Época de la misma: Año 1770, durante el reinado de Carlos III.

ACTO PRIMERO

En la casa que, en la Prisión de Estado, tiene el carcelero Rocco, su hija Marcelina, está ocupada en sus quehaceres domésticos. En vano, Joaquín el portero, la insta a casarse con él, a lo que Marcelina se niega. Antes tenía afecto a Joaquín, pero todo ha cambiado desde que «Fidelio» ha entrado al servicio de su padre el carcelero. A partir de aquel día, Marcelina ama a «Fidelio» y solamente a él. No sabe que, bajo sus vestidos de hombre y el nombre de «Fidelio», se esconde una mujer, Leonor, que solicitó un empleo en la cárcel para procurar la libertad a su marido, encarcelado allí por razones políticas. Rocco se da cuenta de la inclinación de su hija hacia «Fidelio», cuya diligencia leal interpreta como una implícita petición de mano de Marcelina y, con el máximo terror de Leonor, participa a ambos que no tiene nada que objetar contra su casamiento. Por el momento, Leonor se conforma con todo tratando, por todos los medios a su alcance, de granjearse la plena confianza de Rocco y logra, en efecto, el permiso de poder acompañarle y ayudarle en el desempeño de sus funciones de carcelero.

ACTO SEGUNDO

En el patio de la Prisión, las tropas han formado para rendir honores al gobernador Don Pizarro, dueño omnipotente de la Prisión quien, asu albedrío, ordena la detención, el encarcelamiento y la ejecución de hombres. Ha recibido una confidencia de sus amigos por la que sabe que habrá una inspección inesperada en la Prisión, por el mismo Ministro. Tal noticia le atemoriza, pues su conducta de jefe de la misma no es muy regular, y así piensa precaverse: manda a la guardia a sus puestos; su capitán le garantizará que mandará dar la señal de clarín en el preciso momento en que, desde la almena, divise

el coche del Ministro. Y como Rocco muestra escrúpulos de conciencia de matar a un prisionero, aun por una importante recompensa, encarga Pizarro que esconda a Florestán, en el calabozo subterráneo del mismo, en una vieja cisterna en la cual, después, el cadáver será ocultado fácil y rápidamente. Pizarro mismo asestará el golpe mortal a Florestán, el esposo de Leonor, detenido allí por razones de venganza personal, desde hace dos años y ya medio muerto por los sufrimientos y el hambre. Leonor ha escuchado cautelosamente la conversación de los dos hombres; ya ha concebido su plan de salvación, y su amor.

Florestán le infundirá ánimos y fuerza para la acción decisiva. Conocedor de las malignas intenciones de Pizarro, Rocco se toma la libertad de dejar salir a los prisioneros al patio y jardín de la prisión, como prometió a Fidelio en varias ocasiones; más, Leonor busca en vano entre los presos a su esposo, que se encuentra en el calabozo subterráneo, del que no es posible evadirse. Pero obtiene el consentimiento de Rocco para poder acompañarle a las celdas subterráneas con el objeto de asistirle en su trabajo. Por cierto que retrocede ante la idea de tener que cavar ella misma la tumba de Florestán; sin embargo, se mantiene firme ante la esperanza de ser ésta la única manera de salvarlo. Iracundo por el atrevimiento de Rocco de dejar pasear a los presos por el patio, manda Pizarro que los presos sean vueltos inmediatamente a sus celdas, y éstos se despiden del aire, del sol y de la luz del día, mientras que Rocco y «Fidelio» se dirigen a los profundos calabozos de la prisión para ejecutar su trabajo.

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO.—*En un calabozo subterráneo, Florestán es aherrojado con una cadena. Está medio muerto de hambre, de sed, y frío. Ha sido la víctima del odio y la sed de venganza de sus enemigos, solamente por su honestidad, por haber cumplido estrictamente con su deber. ¿Le vislumbra algún medio de salvación en medio de esta oscuridad, en medio de esta desesperación? ¡Si lo hubiese, únicamente Leonor, su fiel esposa, se valdría de él en su beneficio! ¿Sabe que ella se encuentra tan cerca de él, que justamente ahora, cuando un clemente desmayo lo adormece, entra con Rocco en su sombría celda, obligada a ayudar al carcelero a cavar su tumba? ¿Sabe Leonor que es su esposo, cuya salvación se propuso, cuando se dirigió aquí? En la oscuridad, no puede ver al prisionero. Pero cuando éste se despierta y Rocco le fortalece con un poco de pan y vino, indicándole el nombre de su enemigo, «Fidelio» reconoce a Florestán y le susurra las palabras: «¡Nunca olvides que en todas partes se halla la Providencia, por terrible que fuera lo que llegues a ver y oír!» Ya se acerca Pizarro para ejecutar la cobarde acción. Se deleita en la impotencia de su adversario; y cuando alza el puñal para asestarle el golpe mortal, Leonor, saliendo de la oscuridad, se arroja sobre él y lo evita con la pistola levantada. En el mismo momento se oye el toque de clarín anunciando la llegada del Ministro. Pizarro queda atónito, mientras que Joaquín, acompañado de soldados, entra en la cárcel con antorchas. Pizarro debe ir al encuentro del Ministro, sin haber logrado su propósito, para darle cuenta de sus actos. Leonor y Florestán se abrazan, porque saben que la llegada de aquél será la causa de su salvación.*

CUADRO SEGUNDO.—*En la plaza, donde está situada la Prisión, el pueblo da la bienvenida al Ministro Don Fernando, quien pone en*

libertad a todos los presos ilegalmente detenidos, y saluda a Florestán como su amigo, al cual creía muerto desde hace mucho tiempo. Mientras que Pizarro expiará la pena merecida, Leonor puede quitar por sus propias manos las cadenas de su marido; la felicidad de Florestán, y el júbilo del pueblo aureolan a la valerosa heroína:

«¡Generosa mujer; el que la ha logrado.
úñase a nuestro coro jubiloso.
nunca se elogia demasiado
a la salvadora del esposo!»

